

## El debate no puede ser sólo sobre “las humanidades”

Ya hace tiempo que los padres y los docentes estamos preocupados por la excesiva politización de la enseñanza. La impresión que da la aplicación de las políticas educativas en las distintas comunidades autónomas es que dependen demasiado de intereses que si no son abiertamente electorales, por lo menos responden a razones que poco tienen que ver con la enseñanza de los alumnos y alumnas. Hay todavía pendiente un gran pacto sobre educación, con sólo un tímido intento promovido por la Fundación Encuentro, del que en su día nos hicimos eco en estas páginas, que al final ha quedado prácticamente en papel mojado. Y ahora, cuando la mayoría de los centros educativos del país no han terminado de aplicar la Reforma o no tienen experiencia suficiente para evaluarla, se nos vuelve a anunciar una reforma de la Reforma.

Más allá de si hacen falta más horas de Matemáticas, Lengua, Historia o Literatura, lo importante es que nos pongamos de acuerdo en qué es lo que estamos haciendo cuando enseñamos. Porque si lo importante es enseñar a pensar, que es lo mismo que enseñar a ser, la cuestión no es entonces si hay que reformar (apañar) los horarios o las horas semanales de las asignaturas, sino que la cuestión vital es cómo vamos a conseguirlo, qué instrumentos vamos a utilizar, dónde vamos a obtener los medios humanos y los recursos pedagógicos para ofrecer una enseñanza personalizada, que forme hombre y mujeres comprometidos y críticos con la realidad, al margen de si dominan mejor o peor los ríos de la comunidad, región o del continente en el que viven. Las preguntas son más profundas: ¿Les estamos enseñando aprender? ¿Motivamos? ¿Respondemos a sus necesidades? ¿Somos constructores de andamios más que repetidores de conocimientos? ¿Somos capaces de evaluarnos con el mismo rigor con el que les evaluamos?

Desde este punto de vista se podrá hablar de todo, incluido naturalmente la importancia que damos a los contenidos. Pero "a priori" no se ve por qué las denominadas ciencias no enseñen a pensar tanto o más que el latín o el griego, ni por qué es más útil conocer el teorema de Pitágoras que las declinaciones en Latín. Habrá que poner sobre la mesa a qué intereses responden los programas y los currículos de las distintas autonomías y ver si se sostienen racionalmente según los fines de nuestra educación. Tendremos que valorar qué ayuda más a ser persona (también teniendo en cuenta la posibilidad de conseguir un trabajo, por qué no) y qué equilibrio buscamos entre los conocimientos llamados científico-técnicos y, por ejemplo, la literatura como exploración y acumulación del conocimiento sobre lo que es ser hombre o mujer, de lo que es la experiencia del amor, del dolor o de la muerte como contraste y ampliación de mi propia experiencia como ser humano.

Si el debate se vuelve a plantear como una lucha entre horas lectivas de unas materias sobre otras, y no sobre el fondo de la cuestión que es qué clase de escuela queremos y cómo vamos a organizarnos económica y socialmente para conseguirla, seguiremos sin saber a qué atenernos, temiendo que cada cambio de gobierno, sea central sea local, nos obligue a sentirnos como modernos Sísifos, con el consiguiente cansancio y hasta hastío que produce sentirse protagonistas del mito del eterno retorno.■